

VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del
MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2015.

Representaciones sociales de una conquista extranjera en la Argentina de 1969: la película “Invasión”.

Guralnik, Gabriel Eduardo.

Cita:

Guralnik, Gabriel Eduardo (2015). *Representaciones sociales de una conquista extranjera en la Argentina de 1969: la película “Invasión”*. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-015/36>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/epma/7d7>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

REPRESENTACIONES SOCIALES DE UNA CONQUISTA EXTRANJERA EN LA ARGENTINA DE 1969: LA PELÍCULA “INVASIÓN”

Guralnik, Gabriel Eduardo

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Durante la década de 1960, la Argentina vivió tiempos turbulentos, marcados por dictaduras y por una resistida apertura a los capitales y productos extranjeros. Con el marco de la Guerra Fría y de la Carrera Espacial, los conflictos parecían dirimirse en la dualidad nacional-extranjero, más que en términos de Este-Oeste o de avances científicos. Al final de esa década, Hugo Santiago presentó una película, sobre libro de Jorge Luis Borges y de Adolfo Bioy Casares, donde se combinan el imaginario tecnológico y la amenaza de invasión extranjera para construir una fábula sobre valores considerados típicamente argentinos, como la resistencia, la sagacidad y la valentía. En este trabajo analizamos la película “Invasión” sobre la base de temas vinculados a representaciones sociales vigentes en el tiempo de su presentación.

Palabras clave

Cine, Representaciones sociales, Política, Ciencia-ficción

ABSTRACT

SOCIAL REPRESENTATIONS OF A FOREIGN CONQUEST IN 1969'S ARGENTINE: THE FILM “INVASIÓN”

During the decade of 1960, Argentine lived troubled times, marked by dictatorships and by a resisted opening to foreign capital and products. With the frame of the Cold War and the Space Race, the conflicts seemed to be settled within the national-foreigner dualism, rather than in terms of East-West or scientific breakthroughs. At the end of this decade, Hugo Santiago presented a film, based on a book by Jorge Luis Borges and Adolfo Bioy Casares, where technological imaginary and foreign invasion combine in order to build a tale about values considered typically Argentinians, like withstand, sagacity and bravery. In this work we analyze the film “Invasión”, based on subjects interlinked with current time-related social representations.

Key words

Cinema, Social representations, Politics, Science fiction

Introducción

Las representaciones sociales se vinculan a un conocimiento que se constituye “a través de nuestras experiencias, pero también de las informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social” (Jodelet, 1986:473). Las representaciones sociales se generan a través de dos procesos llamados *objetivación* y *anclaje*. Podemos considerar la objetivación como “...el proceso mediante el cual conceptos abstractos adquieren entidad como experiencias concretas, tangibles. Mediante este proceso, lo invisible se convierte en perceptible” (Alvaro y Garrido, 2003:400). La objetivación supone la creación de un *núcleo figurativo*, a través del cual “...la representación se naturaliza, de forma tal que conceptos abstractos... adquieren una realidad objetiva... Con dichos conceptos los individuos pueden recrear su realidad cotidiana y ordenar los acontecimientos en un mundo de referencias familiares” (Alvaro y Garrido, 2003:400). Por su parte, el proceso de anclaje es “...el que nos permite que algo poco familiar y problemático, que incita nuestra curiosidad, sea incorporado en nuestro sistema de categorías y sea comparado con lo que consideramos un miembro típico de esa categoría” (Alvaro y Garrido, 2003:399).

Durante la década de 1960, numerosos objetos y fenómenos nuevos fueron recibidos, con ánimo contradictorio, por la población argentina. El televisor llegó a todos los hogares de clase media, mientras un sinnúmero de vocablos en inglés inundaba las vidrieras de los negocios. Los Beatles ganaban terreno sobre el tango. Las empresas multinacionales, sobre las nacionales. Todo ello en el marco de la irrupción de experiencias dictatoriales que, mientras abrían el país a capitales externos, proclamaban una especie de nacionalismo extremo y conservador, pasado de moda en otras partes del mundo. Al mismo tiempo, la militancia peronista y la emergencia de grupos de izquierda revolucionaria fue creando una efervescencia -marcada por la Revolución Cubana y el Mayo Francés- que mezclaba el rechazo a la penetración anglosajona y el reclamo por una mejora social que se sentía postergada.

“Invasión”, de Hugo Santiago (1969) construye una metáfora sobre el momento de penetración externa y resistencia de ese momento. Ambientada (al menos desde lo explícito) en 1957, acaso para no despertar el celo de la censura militar, y con elementos de ciencia ficción que recuerdan a “Alphaville” (Godard, 1965), acaso lo más curioso de la obra sea que el libro haya sido escrito por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. De este último, se conoce su afición por la ciencia ficción, de la que dan cuenta obras suyas como “La invención de Morel” y “La trama celeste”. En Borges, la afición al género es menos conocida. Sin embargo, “...en la obra de Borges la productividad del contacto con la ciencia ficción es sumamente elevada... Borges ejerció un extenso y complejo proceso de reescritura y de modificación, orientado a eliminar las marcas genéricas de los textos originales (como la descripción de tecnolo-

gía o de avances científicos y a ambientación futurista)” (Abraham, 2005:154).

También en el caso de Bioy se detectan “...el borramiento de marcas genéricas como la ambientación futurista y los elementos científicos..., [así como] el agregado de *citas-reliquia* que legitiman los textos, al otorgarles capital simbólico debido a la adscripción a una tradición cultural prestigiosa” (Abraham, 2005:135-136). No obstante, no dejar de ser curioso que Borges, tan conocido por sus posiciones antiperonistas, haya escrito con Bioy una fábula de defensa de lo local frente a lo foráneo, en una época en la que la misma podría haberse confundido con la resistencia que el peronismo llevaba a cabo, pretendiendo -en el caso extremo- eliminar toda influencia extranjera.

Podrá argumentarse que, para Borges, la ciudad de Aquilea es una metáfora del mundo, de un mundo cambiante a cuyo recuerdo siempre se aferra. Que no es una fábula sobre la Argentina, sino sobre el ser humano. El argumento parece correcto. Pero no invalida el hecho de que Borges vivía en el mismo medio y era susceptible a las mismas representaciones sociales que el resto de la población. Y que, en “Invasión”, el relato puede interpretarse, también de un modo bastante literal.

Marco histórico

Tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial (1939-45), los Estados Unidos emergieron como la superpotencia mundial dominante. La Guerra Fría que a continuación tuvo lugar contra la Unión Soviética (y, desde 1949, durante un tiempo también contra China) no oculta la supremacía norteamericana en lo militar, en lo tecnológico, en lo económico y en lo político.

América Latina siempre había estado, desde el punto de vista de los EEUU, bajo su ámbito de influencia. En fecha tan temprana como 1823, la doctrina Monroe “...postulaba que las tierras del hemisferio occidental que se estaban independizando de España quedaban fuera del alcance de cualquier colonización europea”. Hacia 1900, Theodor Roosevelt la extendió, con “...un ‘corolario’ que afirmaba el derecho de los Estados Unidos a intervenir para poner orden en los estados mal gobernados del hemisferio occidental”. Tanto la doctrina como su “corolario” fueron constantemente invocadas “...para justificar la expansión y la intervención norteamericanas con el objetivo de proteger a los países de supuestas amenazas..., incluida la amenaza del comunismo durante la Guerra Fría” (Bender, 2011:227). En tiempos de la Primera Guerra Mundial (1914-18), el presidente norteamericano Woodrow Wilson “...se sentía perfectamente cómodo con el ‘corolario’ de [Theodor] Roosevelt a la Doctrina Monroe, que justificaba la intervención de los Estados Unidos para reparar la ‘mala acción crónica’ en las Américas” (Bender, 2011:248).

La Argentina había estado relativamente fuera del ámbito de los EEUU, primero por su sociedad con Gran Bretaña (para muchos, otra forma de dependencia), y luego por la independencia que le dieron las guerras mundiales. Pero en la década de 1950 la situación había cambiado. Ya Perón, durante su segundo gobierno, propuso la apertura a capitales estadounidenses, bajo la forma de contratos de prospección petrolera en cabeza de las firmas California y Standard Oil. Tras el golpe de Estado de 1955, la apertura se fue concretando, y abarcó no sólo el ámbito económico, sino las decisiones políticas de los sucesivos gobiernos, en especial de las dictaduras militares.

En 1966, el general Juan Carlos Onganía encabezó un golpe de Estado. Con un estilo autoritario, proclamadamente nacionalista y adscrito a los sectores más retrógrados del catolicismo, Onganía

adoptó, sin embargo, una política favorable a las empresas multinacionales, encabezada por su ministro de economía, Adalberto Krieger Vasena (nombrado a comienzos de 1967). “El sector más concentrado -predominantemente extranjero- resultó el mayor beneficiario de esta política... hubo compras de empresas nacionales por parte de extranjeras -se notó en bancos o tabacaleras- de manera que la desnacionalización de la economía se hizo más manifiesta” (Romero, 1999:237). Durante poco más de un año, la dictadura estabilizó los precios, mantuvo el tipo de cambio (tras una tremenda devaluación) y se hizo de recursos a través de retenciones del 40% a las exportaciones agropecuarias. Pero hacia 1968, el esquema comenzaba a tambalear. “Las voces del *establishment* salieron a defender a Krieger Vasena, comenzaron a quejarse del excesivo autoritarismo de Onganía, y empezaron a pensar en una salida política” (Romero, 1999:239-240). Pero el dictador se mantuvo.

Finalmente, “...una serie de levantamientos obreros y estudiantiles desembocaron, el 29 de mayo de 1969, en el ‘cordobazo’: durante varias horas, la segunda ciudad del país estuvo fuera del control de las autoridades; fue un hito en las luchas populares nacionales” (Jakubowicz y Radetich, 2006:110). La protesta no hizo más que escalar: “Las explosiones urbanas se prolongaron en manifestaciones callejeras, a las que se sumaban los estudiantes en permanente estado de ebullición, y en acciones más cotidianas de reclamo en barrios o villas de emergencia” (Romero, 1999:243).

Las protestas tenían un fuerte correlato en la situación que, de modo bastante generalizado, se venía dando desde el Mayo Francés. “Junto con las banderas lucha contra la dictadura y el imperialismo surgió una movilización de conciencia revolucionaria. En el imaginario social, se nutría de diversas fuentes: la experiencia cubana, la guerrilla latinoamericana, los movimientos estudiantiles, la prédica de los sacerdotes tercermundistas... Se trató de un proceso social y cultural con pocos precedentes, por la rapidez y hondura del arraigo y lo contundente de sus efectos” (Romero, 2005b:53). Desbordada la policía, la dictadura apeló al ejército. Pero las revueltas no sólo no cesaron, sino que se incrementaron. Después del Cordobazo “...proliferaron los levantamientos populares en las ciudades del interior, cundieron las huelgas no autorizadas desafiando abiertamente a los líderes nacionales de los sindicatos y la agitación estudiantil se apoderó de las universidades. Finalmente, hizo su aparición la guerrilla urbana” (Torre y De Riz, 2001:271-272).

El avance del mercado y de los íconos de la cultura *Pop*, los movimientos de oposición a la dictadura y la brutal represión de ésta, que -en última instancia- representaba lo contrario a lo que los rebeldes consideraban “la patria” que había que salvar (con excepción de minoritarios grupos internacionalistas), y la nostalgia por un pasado -en gran parte imaginario- en que la guapeza podía oponerse a una fuerza muy superior, dieron forma a las representaciones sociales con las que “Invasión” interpela a un público ya de por sí predisposto a pensar que existe una invasión, y hay que resistirla.

Invasión y resistencia

La acción se desarrolla en la ciudad imaginaria de Aquilea, en el año 1957. Pero Aquilea es Buenos Aires, y, salvo muy pocas marcas, todo indica que el año bien podría ser 1969. Los invasores introducen, al principio, un camión. Don Porfirio (Juan Carlos Paz), un anciano con aspecto de haber sido un guapo en su juventud, dirige un grupo de siete hombres de mediana edad. Amigos de café, como se los conocía en esa época. Los invasores tienen el mismo aspecto que cualquier habitante de Aquilea. Se diferencian, apenas, por sus trajes, mucho más claros que los de los hombres de don Porfirio. Julián Herrera (Lautaro Murúa), casado con Irene (Olga Zubarry),

hace equilibrio en su doble vida de agente de la resistencia y esposito. Desde el principio, vemos que Irene también pertenece a un grupo que se entrena en armas y técnicas de lucha. Son mucho más jóvenes que Herrera y sus amigos, y están ansiosos por entrar en acción. Pero Irene, que los lidera, no lo permite. Al final sabremos que también Irene recibe órdenes de don Porfirio.

Los invasores parecen humanos, sólo que con mayor tecnología que quienes resisten. Los hombres de café, liderados por Herrera (la mano derecha de don Porfirio), tienen siempre a mano un revólver. Los invasores se manejan con pistolas automáticas. En una escena se ve un cuartel invasor, con las paredes llenas de televisores. En casa de Herrera no hay ningún televisor. Si vienen de otro planeta, no hay ningún indicio explícito de ello. Unos sonidos metálicos, mezcla de pájaros y sintetizadores, que se oyen cada tanto, dan una pista del orden de lo extraño que irrumpe. Incluso, cuando está cautivo de los invasores, Herrera mantiene una curiosa conversación con el jefe del grupo invasor (Juan Carlos Galván): “¿Por qué nos resiste, Herrera, si la gente está esperando lo que le vamos a vender?”, dice el invasor. “La gente no sabe. Y los que saben, tiene miedo, como yo”, responde Herrera.

¿Se trata, entonces, de una invasión desde el espacio? ¿O de una invasión de los mercados, de lo extranjero, que a quienes se percatan de lo que es les produce miedo? ¿Se resiste a lo externo por miedo? Las representaciones sociales equivalen, en nuestra sociedad, “...a los mitos y sistemas de creencias de las sociedades tradicionales. Puede afirmarse, incluso, que son la versión contemporánea del sentido común” (Moscovici, 1981:181). En el sentido común de 1969, en la Argentina, circula la amenaza de que lo extranjero, lo que viene en inglés, destruirá cierta esencia de lo nacional. La resistencia es, en ocasiones, extrema. Así, por ejemplo, el núcleo sindical de resistencia revolucionaria tenía una visión de extremo rechazo hacia todo lo que fuese privado o extranjero. Los diez puntos que contenía el Programa de Huerta Grande lanzado en 1962 (Romero, 2005b:283), estaban orientados a una furiosa nacionalización, estatización (o, en algunos casos, control estatal absoluto) y prohibición de productos extranjeros. Sólo dos puntos (expropiar a la “oligarquía terrateniente” e implantar el control obrero sobre la producción) no caían en estas categorías de cerrar la nación a toda influencia externa.

En el marco de una economía capitalista, la aspiración del Programa de Huerta Grande parece inviable. Pero es un signo inequívoco de cómo esa resistencia contra lo externo se encontraba arraigada, resultado de procesos de tematización que “...objetivan, en todo discurso ..., induciendo imágenes de situaciones o maneras de ser de las cosas y del mundo...” (Moscovici y Vignaux, 2003:10). Don Porfirio vuelca, en soledad, sus temores en un papel. Escribe el miedo de saber “...que ellos están ahí afuera y que van a entrar. Si alguien no se los impide”. Es el mismo miedo del que habla Herrera. “Las representaciones sociales tienen una doble función: hacer que lo extraño resulte familiar y lo invisible, perceptible. Lo que es desconocido o insolito conlleva una amenaza, ya que no tenemos una categoría en la cual clasificarlo... lo extraño, asimilado a lo familiar, adquiere un aspecto menos amenazador” (Farr, 1985:503). Los invasores, lo extraño, se familiarizan con su aspecto humano. Pero lo que traen sigue siendo desconocido. Amenazador. No es sorprendente verificar que “...las filiales de las grandes corporaciones extranjeras... por esos años consolidaron su posición en el país” (Romero, 2005:179). Muchos se sentían amenazados: “La política de Krieger Vasena, respaldada por las facciones más poderosas del mundo de los negocios, entrañaba fuertes costos para muchos sectores... Las empresas pequeñas y medianas... acusa-

ron al ministro de intentar debilitarlas con el objeto de concentrar y desnacionalizar la economía” (Torre y De Riz, 2001:270). Ese temor a la “desnacionalización”, que ya en 1962 los sindicalistas se proponían revertir, se daba también -y tal vez en mayor medida- en el ámbito de lo cultural y de la vida cotidiana. El *jean* en lugar del pantalón de vestir. Las faldas cortas en lugar de la pollera clásica. Los Beatles en lugar del tango. El cine de Hollywood en *technicolor* en lugar de las producciones locales en blanco y negro. Mucha gente quería lo que le venían a vender. ¿Para qué defender entonces a la ciudad? Lo responde don Porfirio, casi al final: “La ciudad es más que la gente”.

En la película se cumplen, naturalmente, “...las tres funciones básicas de la representación: función cognitiva de integración de la novedad, función de interpretación de la realidad y función de orientación de las conductas y las relaciones sociales” (Jodellet, 1986:485-86). Se integra la novedad, asimilada a un peligroso invasor. Se interpreta la realidad, en función de la dicotomía endogrupo-exogrupo, y de la hostilidad recíproca. Se orientan las conductas, hacia una resistencia tan tenaz como condenada al fracaso. Que “Invasión” no tenga escenarios tecnológicos imaginarios, ni invasores con pistolas de rayos, no significa que no sea de ciencia ficción. Y no sólo por los sonidos electrónicos. En 1965, Jean-Luc Godard presentó “Alphaville”, todavía inscrita en la *nouvelle vague*. En ella el espacio intergaláctico es la autopista. Los otros mundos tienen el nombre de países extranjeros. El único elemento de tecnología imaginaria (que no hay en “Invasión”) es la computadora Alpha-60. Pero sus componentes, o al menos los que están a la vista, son los que se utilizaban habitualmente en 1965. Santiago estaba fuertemente influido por la *nouvelle vague*. No es extraño que sus elecciones estéticas siguieran ese camino. Borges y Bioy, como señalamos, siempre tomaron elementos de la ciencia ficción. Pero lo que nos interesa verificar, aquí, es el hecho de que las representaciones sociales “...siempre son derivadas de elementos ‘pseudo-conceptuales’, arquetipos de raciocinio común o ‘preconcepciones’ establecidas en un largo espacio de tiempo... tributarias de historias retóricas y creencias sociales que poseen el *status de imágenes genéricas*... En general ellas toman la forma de nociones ancladas en *sistemas de oposiciones* (términos que son contrastados a fin de ser relacionados) relativas al cuerpo, al ser, a la acción en la sociedad y al mundo de manera general” (Moscovici, 2004:23). Esos arquetipos, esas “preconcepciones”, están tanto del lado del héroe trágico -Herrera- como del villano -el jefe invasor- y del vengador del héroe -Irene. Y también están las “preconcepciones”, que derivan en un sistema de oposiciones. Como verificamos a través del recorrido anterior, estas preconcepciones y oposiciones se encuentran fuertemente ancladas en el espacio-tiempo de la filmación.

Es habitual recordar que “...podemos preguntarnos si la presencia de un doble sentido del texto procede de él o de la acción transformadora de la mirada que se le dirige” (Chateau, 2009:24). Entre el público de 1969 que vio “Invasión”, esa acción transformadora estaba en marcha. No era, sin duda -no podía ser- un público tan masivo como el de una producción comercial. Pero la película interpelaba fuertemente a quienes se sentían convocados a esa lucha contra “lo extranjero”. Y terminaba con una apelación a la lucha armada, que por esos años despuntaba. Invadida la ciudad, eliminado el grupo de Herrera, don Porfirio le dice a Irene y su grupo: “Ahora viene la resistencia. Ahora les toca a ustedes, los del Sur”. Irene, a continuación, reparte las armas. Como no podía ser de otro modo, las copias de “Invasión” fueron secuestradas y destruidas por la dictadura de 1976.

Conclusiones

“Invasión” no fue una simple película de entretenimiento. Y si bien es cierto que “...el cine tiene mayor brillo si se muestra capaz de pensar, y, más aún, de pensar filosóficamente, que si se mantiene como un simple instrumento de diversión o placer” (Chateau,2009:29), vista desde hoy, la película no sólo brilla, sino que entretiene. Y que a sus implicaciones políticas y sociales debe agregarse, ciertamente, las filosóficas. No es casual que la ilustración de tapa para la edición en castellano de “Cine y Filosofía”, de Dominique Chateau (2009), sea un fotograma de la película “Invasión”, de Hugo Santiago. El fotograma pertenece a la escena en la que Herrera (Lautaro Murúa) está por ingresar al estadio de Boca Juniors, para enfrentar a un enemigo que, él lo sabe, no lo dejará salir con vida. Es el hombre enfrentado con un destino al que no va a escapar, como nadie puede escapar a la muerte.

Tras una década larga de neoliberalismo, en el siglo XXI parecen haber vuelto, con intensidad, las representaciones sociales de un dominio imperialista foráneo. Leemos, por ejemplo: “La inseguridad, la corrupción, la brutalidad desenfrenada de un imperialismo económico, mediático y militar que se disfraza de nuevo orden global para justificar el esfuerzo para contener su decadencia, auguran tiempos más sombríos todavía” (Lacolla,2008:201). Como en un espejo extrañamente adulterado, vuelven esas imágenes de “lo extranjero” como algo amenazante. La diferencia es que, ahora, se trata de representaciones sociales aprovechadas por el poder político, y no, como entonces, opuestas a él. “Invasión” es, tal vez, la mayor pieza de una época en la que también surgió “...un cine clandestino, subterráneo, paralelo”, en el que se destacan “La Hora de los Hornos”, de Solanas y Getino (1969), así como “Operación Masacre”, de Cedrón (1972), “México, la Revolución Congelada”, de Gleyzer (1973), y “Los Velázquez”, de Szir (1972), entre otras muchas obras (Jakubowicz y Radetich,2006:114).

La de 1966 a 1976 fue, sin duda, “...una década admirable, en la que la sociedad toda se puso en movimiento, buscando plasmar un futuro mejor, al margen del estado y en franca rebeldía contra él” (Romero,2005b:49). Pero el mensaje de resistencia contra una invasión real, no de productos y prácticas culturales extranjeros, sino de una nueva aristocracia política, sindical y económica que invade desde adentro, no se verifica (o al menos no lo hemos encontrado) en el mensaje cinematográfico actual.

Unos años después del Mayo Francés y la Primavera de Praga, los artistas de vanguardia sentían, hacia mediados de la década de 1970, que un nuevo poder se hacía cargo: “El futuro ya no era suyo, aunque nadie sabía de quién era. Eran conscientes, más que nunca, de que estaban al margen” (Hobsbawm, 2005:510-511). En la Argentina, la situación fue aún peor. Acaso en el futuro alguna vanguardia vuelva a sentir lo mismo. O apele, como en esa época, a las representaciones sociales de dominación para proponer, de nuevo, algún cambio.

BIBLIOGRAFÍA

- Abraham, C. (2005): “Borges y la ciencia ficción”. Buenos Aires: Quadrata.
- Alvaro, J.L. y Garrido,A.(2003): “Psicología Social. Perspectivas sociológicas y psicológicas”. Madrid: McGraw Hill.
- Bender, T. (2011): “Historia de los Estados Unidos”. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bioy Casares, A. (1991): “La invención de Morel”. En Picho Rivière,M.(ed.): “La invención y la trama”. Buenos Aires: TusQuets. pp.25-82.
- Bioy Casares, A. (1991): “La trama celeste”. En Picho Rivière,M.(ed.): “La invención y la trama”. Buenos Aires: TusQuets. pp.87-107.
- Chateau, D. (2009): “Cine y Filosofía”. Buenos Aires: Colihue.
- Farr, R.M.: “Las representaciones sociales”. En: S.Moscovici et.al., “Psicología Social. Pensamiento y vida social. Psicología y problemas sociales”. Barcelona: Paidós. Capítulo 14.
- Godard, J.L. (1965): “Alphaville”. París: Athos Film.
- Hobsbawm, E. (2005): “Historia del Siglo XX”. Buenos Aires: Crítica.
- Imdb: The International Movie Data Base. www.imdb.com. Consultada el 11 de junio de 2015.
- Jakubowitz, E. y Radetich, L. (2006): “La historia argentina a través del cine”. Buenos Aires: La Crujía.
- Jodelet, D. (1986): “La representación social: fenómenos, concepto y teoría”. En Moscovici, S. (comp.): “Psicología social”. Barcelona: Paidós.
- Lacolla, E. (2008): “El cine en su época. Una historia política del filme”. Córdoba: Comunicarte.
- Moscovici, S. (1981): Psicología de las Minorías Activas. Madrid: Morata.
- Moscovici, S. (2004): “O conceito de Themata”. En: “Representações Sociais. Investigações em psicologia social: Ed.Vozes (pp.215-250).
- Moscovici, S. y Vignaux, G. (2003): “El concepto de themata”. En Moscovici, S. (comp.): “Representações sociais”. Petrópolis: Vozes. Traducción de la Cátedra de Psicología Social, Facultad de Psicología, UBA.
- Romero, J.L. (2005a): “Breve historia de la Argentina”. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, J.L. (2005b): “Las ideas políticas en Argentina”. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, L.A. (1999): “Breve historia contemporánea de la Argentina”. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Santiago, H. (1969): “Invasión”. Buenos Aires: Proartel.